

CAPITULO XIV.

SUMISION DE CATALUÑA.

GUERRA CON FRANCIA.

De 1648 á 1659.

El mariscal Schomberg.—Toma por asalto á Tortosa.—Vireinato de don Juan de Garay.—Reemplaza á Schomberg el duque de Vendôme.—Recobra á Falset.—Causas de la tibieza con que se hacía la guerra.—Espíritu público de Cataluña favorable á España.—Odio á los franceses.—Vireinato del marqués de Mortara.—Sitia á Barcelona.—Ayúdale don Juan de Austria por mar.—Defensa de Barcelona.—Ríndese la ciudad, y vuelve á la obediencia del rey.—Indulto general.—Concesion de privilegios.—Alegria en Cataluña.—Sometese casi todo el Principado.—Continúan la guerra los franceses en union con algunos caudillos catalanes.—Sitio de Gerona.—Vireinato de don Juan de Austria.—Cercos de Rosas.—Puigcerdá.—Va don Juan de Austria á Flandes.—Arrástrase flojamente la guerra.—Segundo vireinato de Mortara.—Arroja á los franceses del Ampurdan.—Sucesos varios.—Batalla gloriosa á las márgenes del Ter, última de esta guerra.

Dejamos en el capítulo XI. al jóven marqués de Aytona forzado á retirarse á Aragon por las tropas francesas que mandaba el príncipe de Condé, el mismo que despues fué destinado por la córte de Francia á hacer la guerra de Flandes, y el mismo á quien

acabamos de ver militando allí en favor de los españoles por vengar sus resentimientos con el cardenal Mazarino y los de su parcialidad. Tambien dejamos allí apuntando que comenzaba á observarse en Cataluña un cambio en el espíritu de aquellos naturales, bastantes síntomas de cansancio y de disgusto hácia los franceses, y ciertas tendencias á volver á formar parte de la gran familia española, de que nunca debieron separarse, ni por parte de la córte dar lugar á que se separáran.

Mas no por eso dejaba de proseguir la guerra, y nada favorablemente en aquella sazón á la causa del rey. Porque habiendo sucedido al príncipe de Condé en el vireinato el mariscal Schomberg ⁽¹⁾, que inmediatamente se dirigió contra Tortosa (junio, 1648), sitiada ya por Marsin, la tomó por asalto, cometiendo la soldadesca los desmanes y horrores de costumbre en tales entradas, sin que el marqués de Torrelaguna don Francisco de Melo, que quiso socorrer la plaza fuera allí mas feliz que lo habia sido últimamente en Flandes.

Era cuando la córte de Madrid desengañada de la inutilidad de los tratos de paz que traia con Francia por las irritantes condiciones que esta ponía, de-

(1) En rigor no le sucedió inmediatamente, porque antes de Schomberg estuvo un poco de tiempo de virey el cardenal de Santa Cecilia, arzobispo de Aix (de febrero á junio de 1648). Pero habiéndose retirado sin hacer nada por una querella que sobre distincion personal tuvo con la ciudad, apenas merece contarse entre los vireyes franceses de Cataluña.

terminó dar grande impulso á la guerra en todas partes. Para el mando de la de Cataluña destinó en reemplazo del marqués de Aytona al valeroso maestre de campo don Juan de Garay, sacándole del retiro en que estaba. Luego que Garay se puso al frente del ejército, emprendió una atrevida incursión por el interior de Cataluña hasta cerca de Barcelona (1649), mas con objeto de dar á los naturales una muestra del poderío que aun tenia el rey y de influir en su espíritu, que de intentar nada contra aquella ciudad. Así fué que no tardó en volverse á Lérida, despues de haber escarmentado algunos cuerpos franceses que le salieron al encuentro. Desde Lérida pasó á sitiar á Castelló, que vino á su poder. Ya el francés Schomberg habia sido sustituido por el duque de Vendôme, el cual, no obstante haber sufrido un descalabro por la gente de Garay, recobró á Falset, que se habia dado espontáneamente á los españoles.

La especie de tibieza con que observamos se hacia por este tiempo la guerra en el territorio catalan, pasándose dos ó tres años sin que apenas ocurriera un suceso de importancia, consistia principalmente, lo uno, en que lo mas fuerte y empeñado de la lucha entre Francia y España estaba entonces en los Países Bajos, y lo otro, en que ya mucha parte de los catalanes, no mejor tratados por los franceses que lo habian sido por los castellanos, iban aborreciendo á aquellos y pensando cómo volver á unirse á estos,

reconociendo al cabo que de su separacion no habian recogido otro fruto que perder en el cambio de señores; porque pérdida era tener que sufrir de estraños lo que no habian podido tolerar de los propios. Escarmentos que casi infaliblemente experimentan los pueblos que para librarse de los males que sufren de un monarca ó de un gobierno injusto, pero legitimo, invocan á los estraños y se entregan á ellos, como muchas veces lo hemos hecho notar en nuestra historia. Los franceses, que veian ya este desvío y esta mal querencia de los catalanes, oprimíanlos mas y los vejaban con tributos, ya por via de castigo, ya para dejar esplotado el país si tenian que abandonarlo. Esto acababa de irritar aquella gente de suyo indómina y dura, amante de su libertad y enemiga de la tiranía y servidumbre, que por otra parte habia tenido tiempo de reflexionar sobre los inconvenientes de estar en pugna hermanos con hermanos.

Tan irritados tenian ya á los naturales las injusticias y demasías de los franceses, que el gobernador de Castell de Arens fué procesado por sus arbitrariedades, y probados los cargos y convicto de sus crímenes fué degollado en la plaza de Barcelona (28 de noviembre, 1648). Y el mismo don José de Viure y Margarit, el mas ardiente y tenaz partidario de la Francia, se vió en la precision de arrestar al teniente general francés Marsin, al intendente y algunos ofi-

ciales (27 diciembre, 1649), acusados de excesos hartos graves, y de conducirlos á Francia y entregarlos en Perpiñan á merced del rey ⁽¹⁾. Y no pudiendo ya sufrir los catalanes tantas iniquidades y desafueros, que el de Vendôme alentaba ó consentía en vez de corregir, coligáronse algunos y se entendían en secreto para ver de sacudir el yugo francés con el gobernador de Lérida don Baltasar de Pantoja, sucesor del portugués Brito.

Con estas noticias el rey y don Luis de Haro resolvieron hacer un esfuerzo mas en Cataluña; y nombrado virey el marqués de Mortara, ya práctico de aquella guerra, por última vez retirado don Juan de Garay, abrió aquél la campaña (1650) con un ejército de doce mil hombres, apoderándose de Flix y de Miravet. Puso despues sitio á Tortosa, ayudándole por mar el duque de Alburquerque, y rescató aquella plaza (27 de noviembre), malamente perdida hacía mas de dos años. El de Vendôme mal recibido en Barcelona, se retiró á Francia despechado. Animados con esta conquista los catalanes, daban ya mayor expansión á sus ánimos, hasta el punto de oírse aquí y allá gritos, aunque todavía aislados, de «¡mueran los franceses! y ¡viva España!» Pasquines que de tiempo en tiempo aparecían en este sentido iban poniendo en cuidado á los franceses y los mas comprometidos

(1) Tió: Guerra de Cataluña, lib. VIII.

dos en la revolucion, asi como alentaban á nuestras tropas, antes allí tan odiadas y perseguidas. Resolvióse ya el de Mortara á emprender el sitio de Barcelona, y para ayudarle por mar dióse orden á don Juan de Austria que viniese con las galeras de Sicilia y con la gente que de allí y de Alemania pudiera recoger, como lo ejecutó. Salió, pues, Mortara de Lérida (junio, 1651), llevando once mil hombres, entre ellos no escaso número de voluntarios catalanes, que asi se iban ya viniendo á nuestras banderas; prueba del grande cambio que se había obrado en el espíritu público del país.

Nada deluvo á nuestro ejército en su travesía, pero la fuerza era harto escasa para rendir tan populosa ciudad. Contábase, sí, con que las circunstancias eran otras que cuando la sitió el marqués de los Velez. Mas si bien es cierto que había dentro bastantes partidarios de España, y los magistrados mismos abrigan harto favorables disposiciones ⁽¹⁾, los franceses pusieron el mayor conato en no perder á Barcelona, y mandaba ademas las armas de la plaza aquel famoso capitán de almogabares don José de Viure Margarit, tan furioso enemigo de Castilla desde el principio de la insurreccion. Colocó el marqués de Mortara sus cuarteles desde San Andrés al Mar, y diseminó la ca-

(1) Cuéntase que habiéndose quejado algunos sindicos de los lugares de la comarca á los magistrados de Barcelona de los excesos que cometían los franceses, aquellos les respondieron con desenfado: «¿Y por qué no los degollais á todos?»

ballería por el llano á fin de impedir la entrada de bastimentos; mas no pudiendo lograrlo, dividió su ejército en dos trozos, de los cuales uno dejó en San Andrés, y otro puso en Sans hasta la torre de Novell, dejando la caballería correr por la falda de la montaña. Don Juan de Austria, nombrado por su padre generalísimo del ejército sitiador acudió con las naves de Nápoles, y cerraba el puerto con veinte galeras. Pareció fortuna que el general francés encargado de sostener la plaza se fuera á Francia por particulares disgustos que habia tenido. Pero Margarit y sus soldados no desanimaron por eso, y se aprestaron á la defensa con igual valor siendo solos que si estuvieran ayudados de franceses, y construyeron fuertes para conservar la comunicacion con Monjuich, y levantaron otras fortificaciones, y embistieron desde el castillo el campamento de Sans, y rechazaron á la vez algun asalto que los nuestros intentaron, y no se veia medio de entrar por la fuerza ni el castillo ni la ciudad. El genio catalan, tenaz ó inflexible, se veia en aquellos hombres obstinados y valerosos (4).

(4) Historia de los hechos del Sermo. señor don Juan de Austria en Cataluña, por don Francisco Fabro Bremundan, lib. I.—En esta obra, impresa en Zaragoza en 1673, se refiere larga y minuciosamente todo lo relativo á este sitio y campaña. A nosotros ni nos toca, ni nos sería posible sin quebrantar las condiciones de nuestra historia, seguir á este autor en

sus pormenores. Nos contentamos con indicar á los curiosos dónde pueden hallarlos. Allí encontrarán la irresolucion y las vacilaciones del marqués de Mortara ante las dificultades de asediar formalmente la ciudad; las consultas que sobre lo mismo hizo don Juan al rey; las contestaciones ambiguas del monarca; las conferencias entre los enviados de la cr-

Tuvo, sin embargo, que ordenar Mazarino al conde de la Motte Houdencourt, aquel que años antes habia sido separado del mando de las tropas francesas de Cataluña, que desde el Rosellon acudiese con cuatro mil infantes y dos mil quinientos caballos en socorro de los de Barcelona (1652). Este general, despues de andar algunos dias amagando á un punto y á otro, logró una noche abrirse paso por el centro del llano con tres regimientos y algunos escuadrones. La entrada de la Motte en Barcelona infundió mas y mas aliento á Margarit, y juntos hicieron varias salidas contra los reductos y cuarteles de los nuestros, tomándolos á veces, pero recobrándolos luego los de Mortara, y pasándose en estos combates bastante tiempo.

Pero ya la penuria y el hambre se hacian sentir en la ciudad. Una flota que llevaba bastimentos, al encontrarse con las naves que llamaban los barcos longos de don Juan de Austria tuvo por bien retroceder. Por tierra intentaron un dia los almogábares de la montaña introducir un convoy de víveres, de

te y los gefes del ejército; las consultas de estos al consejo de generales; la conformidad del virey al dictámen del de Austria; la retirada de éste á Vinaroz para restablecerse de un ataque que sufrió de la epidemia entonces reinante, y su vuelta al ejército; la respuesta definitiva del rey aprobando el sitio y ataque de Barcelona; algunos sucesos parciales que entretanto acontecieron en Mongat, Mataró, Prades, Espluga

y Ciurana, favorables á las armas de Castilla, y algunas disposiciones de las que dentro de Barcelona tomaba Margarit, así como el voto público que hizo la ciudad á la Virgen de la Concepcion, y las embajadas que se enviaban á Francia para informar al rey de los apuros del Principado y pedirle con urgencia socorro: todo lo cual cuenta estensivamente el citado autor en los tres primeros libros de su obra, y parte del cuarto.